

Vaya,
vaya

Manolo Campos

JML
Libros y Literatura

Primera edición.

Vaya, vaya.

© 2024, Manolo Campos.

© Libros y literatura SL

www.librosyliteratura.com

contacto@librosyliteratura.com

© Corrección: Victoria Mera.

© Ilustración de portada: Sara Nyca.

© Diseño de interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-10088-48-1

Depósito Legal: A 3-2024

Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.



UNO

—Hola.

—Hombre, Venancio, buenas tardes.

—¿Venancio?

—Claro, ¿no está usted reformando la casa del Venancio?

Y así es como se gana un apodo en un pequeño pueblo de montaña. El nuevo parroquiano llevaba unos pocos días conviviendo en aquel apartado lugar, pero no tan anónimamente como se pensaba. Sabía que estaba destinado a pasar un tiempo allí en los próximos meses, y se tendría que adaptar.

Desde luego que Arturo, el camarero, sabía cómo romper el hielo para iniciar una conversación, y además era una fuente inagotable de sabiduría.

En las dos horas siguientes que pasaron en su bar-mesón-restaurante-casa de comidas y pub, fue informado y puesto al día de todo lo que necesita una persona para aclimatarse rápidamente a la población autóctona: quién es quién en los alrededores, dónde ir y dónde no ir, dónde buscar si necesitaba cualquier cosa, quién tiene malas pulgas, los motes de todos; y así hasta que el nuevo cliente decidió batirse en retirada, cuando estaba a punto de empaparse de toda la salsa rosa y los cotilleos de los vecinos. Y que

conste que no se fue por falta de interés, salió corriendo porque sabía que el siguiente tema de conversación sería él. Pensó que era mejor dejar el interrogatorio para el segundo asalto.

Aunque, por otra parte, había poco que contar. Unas semanas antes vivía en casa de su madre, sin preocupaciones, hasta que llegó un certificado de un abogado.

Su madre era la única heredera de un hermano solterón de su abuelo. Este buen hombre siempre vivió solo, no tuvo familia y por algo que solo él sabría, de todos sus parientes vivos, la elegida fue su madre.

Fue el menor de cinco hermanos y le tocó vivir una época dura, la guerra, la posguerra y años de mucho trabajo y pocas alegrías. Poco a poco fueron muriendo sus hermanos, y los sobrinos, en cuanto hubo ocasión, emigraron a otras tierras con mejores trabajos y más oportunidades.

Venancio, el auténtico, tenía salud de hierro y un estilo de vida austero. O, dicho de otra manera, no gastaba ni bromas. No le quedó una pensión muy grande, pero las pocas tierras que poseía estaban en buen sitio y cuando el *boom* del ladrillo llegó al pueblo, pudo vivir cómodamente y pagarse una moderna residencia de mayores en la capital.

Según contó el abogado, de los saldos bancarios, una vez pagado el impuesto de sucesión, la notaría, los gastos del entierro y demás, no sobraría dinero para un casoplón en la Moraleja, pero tampoco faltaría.

Y, además, estaban la casa y las tierras colindantes en el pueblo. Fueron a verla madre e hijo, y como pasa con todas las imágenes de la infancia, ella la recordaba más grande.

Tampoco era pequeña, tenía dos plantas, un patio interior grande y unos corrales amplios y todo con mucha luz, pero el paso del tiempo y el abandono habían hecho su trabajo. Algún techo caído, paredes con desconchones, humedades, malas hierbas y alguna que otra temporada con ocupas más aficionados a las fiestas que a la limpieza habían conseguido que el inmueble estuviese pidiendo a gritos una rehabilitación a fondo.

No se sabe si pudieron más las ganas que tenía la madre de volver a vivir sola o su deseo de ver a su hijo otra vez ilusionado con algo, pero el resultado final es que lo obligó a irse al pueblo a encargarse personalmente de todo el proyecto.

Decidieron barajar todas las posibilidades que esta herencia ofrecía, como venderla, alquilarla, dividirla... Pero todas las opciones pasaban por tres pasos previos a resolver.

Primero, conocer el estado real de la estructura, paredes y techos.

Segundo, saber la calificación urbanística de la casa y las tierras, y qué posibilidades se podrían plantear.

Tercero, una rehabilitación más o menos completa. O una intervención mayor si fuese posible.

Y en ello estaba. Hizo una segunda visita acompañado de un amigo arquitecto técnico y, tras un repaso del edificio, se confirmó lo evidente.

La casa era el resultado de varias ampliaciones más o menos afortunadas del viejo hogar de la familia. Lo más antiguo, paradójicamente, era lo que mejor conservado estaba. Una cocina-comedor-sala de estar, un dormitorio y otra habitación multiusos que finalmente se convirtió en baño. Estos tres cuartos tenían

muros enormes que le daban solidez y conseguían mantener una temperatura ideal durante todo el año.

Alrededor de estas firmes paredes se fueron añadiendo metros y metros de nuevas instalaciones. Más dormitorios, un pajar, un establo para algún asno y hasta una pequeña bodega, ya semi-derruida.

Cada añadido posterior vino marcado por las necesidades de una familia en crecimiento. Se había construido con los recursos que quedaban y con los materiales disponibles para cada necesidad.

También se notaba que la pericia de los distintos albañiles de las distintas épocas en las que se hicieron había sido, cuando menos, distintas entre sí. En resumen, lo que no habría que derribar tendría que ser reforzado, aislado y modernizado.

Una vez conocido, superficialmente, el estado de la construcción, empezó la segunda fase, la burocrática. Un periodo en el que lo único que no se puede tener es prisa. Y menos cuando se deben hacer trámites en varias administraciones distintas.

Si hay que solicitar informes o autorizaciones sobre algún bien, antes hay que acreditar ser el propietario, inquilino o arrendatario del mismo.

La herencia se adjudicó más o menos rápido, tras pagar unas tasas bastante caras al ser una trasmisión a una sobrina nieta, lo que al parecer entraba en uno de los tramos más caros. Para enredarlo un poco más, la madre insistió al abogado para que, en el mismo acto, la propiedad pasara a su único hijo.

A pesar de la oposición inicial del sorprendido nuevo propietario, no hubo manera de convencer a la buena señora.

Que así le daba algo de herencia en vida, que ella no quería líos, que se callara, que hago lo que quiera con lo mío, que no quiero disgustos y porque sí, y punto.

Ante tantos y tan irrefutables razonamientos maternos, creció la sospecha en el hijo. Definitivamente, su progenitora quería volver a vivir sola y quería ver al niño hacer algo de provecho.

En realidad, solo los separaban un par de horas en coche, pero la carretera no invitaba a estar todos los días yendo y viniendo. Ella vivía en un piso en la costa.

Y eso sí, siempre con cita previa, no perdería ocasión de volver unos días a visitarla. Entre otras cosas porque, como decía Revolver en su canción: «Nadie cena como en casa, si la que guisa es mamá».

Se instaló en las tres habitaciones que mejor estaban y, al poco tiempo, ya resultaban habitables. Solo quedaba una cosa para poder estar temporadas largas sin bajar a molestar a su madre.

Y en busca de esa ayuda fue al bar. Era un jueves por la tarde y estaba concurrido, incluso habían abierto el pequeño salón con algunas mesas.

Arturo y su mujer estaban liados, pero lo tenían todo controlado. Ocupó un taburete en un rincón de la barra y hasta la segunda copa no se dio la oportunidad de contarle al barman lo que necesitaba.

—Tranquilo, ahora mismo te busco alguien que te acompañe a tu casa y te lo arregle. No te preocupes.

No sabemos si fue la sonrisa picarona o el «no te preocupes», pero una lucecita de alarma se encendió. Desapareció detrás de la barra y dejó la sospecha, en el ambiente, de que algo tramaba.

Al rato volvió con un papel en la mano, era la cuenta.

—Macho, cuarenta y siete euros por dos gin-tonics, ¿qué crees que es esto, Pachá?

—No te quejes que es barato —me dijo—. He seguido tus órdenes. Te he cobrado tus copas y la invitación de la mesa de estas señoras, que son las que se han ofrecido gentilmente a ayudarte.



DOS

Lucía se convenció a sí misma de que este sería su último año en el pueblo. Pero, por otro lado, sabía que eso mismo llevaba diciendo los últimos siete.

Durante los dos últimos cursos había sido la directora del colegio y, aunque no lo reconociera abiertamente, no le desagradaba vivir en un pequeño pueblo como este.

Siempre le gustaba sopesar las alternativas, y en la balanza había muchas cosas que la invitaban a mejorar profesionalmente y buscar nuevos retos en una ciudad más grande. Pero allí conocía a todo el mundo. Los padres y los alumnos se conocían y no eran complicados de llevar. Las clases no estaban masificadas y el trato cercano era una motivación constante. Se conocían y, además de educar, estaban orientando a los alumnos con posibilidades a que pudieran tomar las mejores decisiones para su futuro.

Si empezaba el horario de trabajo a las ocho, con salir de su casa a las ocho menos cinco llegaba la primera. Le encantaba vivir en un entorno rural, hacer rutas y disfrutar del aire puro.

Por otro lado, había demasiada rotación entre el profesorado. Nadie pedía voluntariamente ese destino, llegaban obligados y duraban, como mucho, uno o dos cursos. Esto complicaba un tanto las relaciones con los alumnos y entre los compañeros. Cuando ya se conocían y entendían el ritmo de trabajo y lo que se podía esperar de los demás, se iban.

Menos los días de claustro, el resto de la semana terminaban a las tres y no se quedaban a dormir en el pueblo casi ninguno. Compartían coche para los desplazamientos y preferían darse el madrugón al día siguiente a pasar la noche allí. Unos porque así estaban con sus familias o parejas, y otros porque, lamentablemente, por las tardes no había nada que hacer.

Desde la Delegación de Educación querían potenciar el centro de enseñanza. Al ser cabeza de comarca, estaban concentrando alumnos de los pueblos más pequeños de la zona. Al centralizar servicios, el verano pasado ampliaron aulas, reformaron el patio y hasta le pusieron techo a las pistas polideportivas.

Desde el ayuntamiento y la diputación provincial también hacían esfuerzos para ir dotando de mejores espacios y servicios a los vecinos y visitantes. Así, el año pasado inauguraron un pequeño pabellón deportivo multiusos.

Para evitar el caos en fiestas, fines de semana y vacaciones, se habilitó una explanada para aparcar coches y autobuses. Este pequeño gesto le dio un impulso al pueblo. Lo agradecieron las tiendas de *souvenirs*, los distintos artesanos locales, la panadería, la pastelería, el bar de Arturo y, sobre todo, la gran industria local de productos del cerdo.

La población no solo no perdía vecinos, sino que poco a poco estaba ganando habitantes. Ello también era mérito de la cada vez más numerosa colonia de residentes extranjeros.

Aquí sí que la mezcolanza de procedencias, lenguas y situaciones por las que coinciden en los alrededores era, cuando menos, digna de estudio. Procedían de toda Europa, Sudamérica, Estados Unidos, Canadá, algunos de África, e incluso algunos de las antípodas.

Hippies, hippies de visa oro, sin papeles, trotamundos, empresarios, jubilados, gente joven con el teletrabajo y artistas del alambre. Personas que se quedaban varios meses, varios años o toda la vida.

El poder adquisitivo también era disparate. Algunos venían pidiendo, y otros, dando. Alquilan, ocupan, compran o se construyen todo tipo de viviendas. En el pueblo, en las afueras, aisladas o en el quinto pino. Estudios, apartamentos, pisos, casas, cortijos, chalets y algún que otro casoplón.

El carácter abierto de las personas del lugar hacía que la estancia, tanto de turistas como de residentes extranjeros fuese bastante grata.

Para Lucía, tener la oportunidad de hablar casi a diario en inglés o francés era otro de los alicientes positivos de su experiencia vital en ese rincón de la montaña.

Provenía de una familia con posibles, los primeros años había estudiado en un colegio inglés internacional y después, el bachillerato, en un liceo francés.

Siempre con las mejores notas, terminó Magisterio sin problemas y siguió formándose varios años más.

Un Erasmus en Leeds y un año con un Máster en Pedagogía en Toronto. Un curso de posgrado sobre la ayuda al estudio para niños con distintas capacidades en Bruselas. Unas prácticas, durante un año escolar, en un colegio Internacional en Utrecht y, finalmente, tres veranos de voluntaria en una ONG como maestra en escuelas rurales de Centroamérica.

Todas estas experiencias laborales le confirmaron que no se equivocaba. Su vocación como maestra, su mano con los niños y su amor por la enseñanza le marcaron claramente que su futuro estaba en las aulas.

Que tu pasión sea tu trabajo es algo al alcance de pocos.

Sacó las oposiciones como hay que aprobarlas: un año de estudio, muchas horas al día hincando codos y un poco de suerte en el tribunal de Huelva en que se examinó.

Al principio, su familia y ella misma se decían que no duraría mucho en el destino en el que le tocó hacer su debut como funcionaria, pero lo cierto es que, poco a poco, descubrió que no le desagradan ni el colegio ni el envoltorio.

El primer año no alquiló vivienda allí y, como todos, iba y venía a diario. Pero ya desde el segundo curso prefirió buscar un alojamiento y, en la misma calle donde trabajaba, vivía.

Al tercer año se produjo la llegada de Mercedes, otra profesora con la que, desde el primer día, entabló una amistad sincera. De estas veces que nada más ver a una persona sabes que es buena gente, te cae bien y tienes claro que siempre podrás contar con ella.

Al parecer, Mercedes sintió algo parecido, puesto que no solo seguía trabajando en el cole desde entonces, sino que actualmente era su jefa de estudios.

Lucía tuvo sus dudas a la hora de aceptar el cargo de directora. No sabía si tener que dejar de dar clases era lo que le apetecía. No tenía claro si dejar de hacer lo que siempre había querido para realizar un trabajo más propio de un administrativo le iba a dar más frustraciones que alegrías. Pero la jubilación de su antecesor, la insistencia de Mercedes por saber que valía para el puesto y su promesa de ayudarla en todo inclinaron la balanza y ya llevaba dos años al frente de la nave.

Los comienzos, como todo en la vida, no fueron fáciles. El papeleo, las horas al teléfono y tener que adaptarse a tantas reuniones con padres, alumnos, profesores, proveedores, inspectores, personal de mantenimiento y tantas y tantas cosas que no sabía que serían de su competencia estuvieron a punto de hacer que se cansara, pero varios cafés con su predecesor, algunos consejos expertos y su forma de ser consiguieron que empezase a ver su nuevo trabajo como una buena oportunidad de hacer más cosas por el bien de todos.

En su segundo año en el cargo, sabía perfectamente con quien hablar para conseguir algo en el ayuntamiento o en delegación. No tenía ningún problema en sacar el cargo cuando había que imponer su criterio con algún operario remolón. Cortaba la duración de reuniones interminables cuando ya tenía claro qué había que hacer y, en definitiva, mejoró la gestión del colegio haciendo que los problemas fuesen problemas durante el menor tiempo posible.

Pero el deseo de pasar más tiempo con su familia y, sobre todo, con su primera sobrina por la que sentía adoración, estaban empezando a minar su deseo de continuar allí. Casi todos los días le mandaba su madre o su hermana un vídeo o una foto de la

primera nieta de la casa y, con un año de vida, ya era el centro de la familia. Aunque, inevitablemente, al comentario de si la niña había hecho tal o cual travesura, siempre venía a continuación la frasecita de «a ver cuándo tiene un primito».

Pero claro, no necesariamente, pero sí normalmente, antes de un primito tendría que llegar el padre del primito. Pero ese era otro tema.

Ese día era jueves, y los jueves por la tarde eran sagrados. Los momentos tan relajados que pasaban en las largas sobremesas en el bar de Arturo se habían convertido en uno de los momentos más agradables de la semana. El buen ambiente entre los comensales, los chupitos y las risas daban paso a las confidencias, los chismes, las historias subidas de tono, los planes, las tristezas y las alegrías de cada uno, que daban sabor a sus veladas y siempre terminaban con una sonrisa en la cara.

Y en ello estaban, a punto de terminar su coloquio cuando se les acercó Arturo.

—Amables señoritas, si han terminado el claustro, necesitaría un pequeño favor.

—No nos líes, que va la tarde muy bien —dijo Lucía—. Que te veo venir.

—Nada de líos —se defendió Arturo—, es muy fácil, se trata de una buena obra: ayudar a un nuevo vecino que acaba de instalarse y requiere un poco de ayuda.

Mercedes intervino rauda:

—¿Está bueno?

—Como el pan, y, además, será solo un momento. *Porfa plis*, y os pago la cuenta, por las molestias.